

SOBRE UNA CARTA DE CONDOLENCIA AL CONSEJO Y AL PUEBLO DE COTIEO

María C. Giner Soria

Or. XXXII de Elio Arístides es un discurso dedicado a honrar la memoria de un hombre ilustre desaparecido ¹. Si las dudas en torno a la existencia real del atleta Melancomas tuvieran fundamento ², Alejandro de Cotieo, que vivió hasta mediado el siglo II d. C. ³ habría inspirado el primer epitafio conservado en honor de un individuo, ya que cronológicamente es anterior al epicedio por Eteoneo, compuesto, también por Elio Arístides, en 161.

Pero no es el discurso funeral de Arístides dedicado a su antiguo maestro Alejandro de Cotieo lo que quisieramos examinar ahora, en sí mismo, sino el soporte apistolar en que se apoya, encuadramiento que Arístides estimó adecuado influido, en parte, al menos, por el hecho de que proyectaba enviarlo desde Esmirna a Cotieo. Al conocer la noticia de la muerte de su maestro, al que parece haber estimado sinceramente, sintió el impulso de honrarlo con el elogio de sus cualidades profesionales y humanas. Pero con dificultad podría haberse desplazado Arístides oportunamente para asistir a las exequias de su maestro. Cotieo se halla a más de trescientos kilómetros de Esmirna y las noticias tardarían en llegar. Por eso, aunque las relaciones con los familiares de Alejandro eran antiguas y Arístides no carecía de renombre, sería obligado encomendar el elogio del difunto en las honras fúnebres a alguien más cercano. Por otra parte, el precario estado de la salud de Elio Arístides le hubiera impedido, muy posiblemente, desplazarse a tan gran distancia, en el caso de que hubieran solicitado de él la composición del discurso, con este sólo fin. Durante años Arístides no había pronunciado personalmente todos los discursos que escribía, los enviaba y eran leídos públicamente por alguien, en su nombre. Y los hacía llegar, más o menos privadamente, a importantes destinatarios, como confirma él mismo en el comienzo de *or* XIX: «En anteriores ocasiones, emperadores excelsos, os envié por escrito discursos y disertaciones expuestos en certámenes de elocuencia».

1. Es importante el estudio de J. SOFFEL, *Die Regeln Menanders für die Leichernrede*, Meisenheim am Glan 1974, con su copiosa bibliografía. Hemos utilizado igualmente: D. A. RUSSEL, N. G. WILSON, *Menander Rhetor*, Oxford 1981, TH. C. BURGESS, «Epideitic Literature», *Studies in Classical Philologie* 3, Chicago 1902, J. MARTIN, *Antike Rhetorik*, Munich 1974. Cualquier estudio de la obra de Arístides es deudor de A. Boulanger, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au IIe siècle de notre ère*, París 1968 (1.ª ed. 1923).

2. Cosa poco probable. El joven atleta tenía amistad muy especial con el futuro emperador Tito. Dión Crisóstomo escribió en su recuerdo *orr.* XXIX y XXVIII. Los juegos napolitanos en que moriría Melancomas pudieron ser en 74 o 78. Cf. C. P. JONES, *The Roman World of Dio Chrysostome*, Londres 1978. Vid. también PAOLO DESIDERI, *Dione di Prusa, un intellettuale greco nell'impero romano*, Florencia 1978, pp. 139, 185 nn. 18, 19.

3. Cf. C. A. BEHR, *Aelius Aristides and The Sacred Tales*, Amsterdam 1968, pp. 105, Id. *Aelius Aristides, The Complete Works*, vol. II, trad. y com. Leiden 1981.

Es de suponer que no sería infrecuente una carta acompañándolos, que complementaría las noticias transmitidas oralmente por el mensajero. Máxime habida cuenta de la *moda* del género epistolar en época imperial, a la que nuestro autor no se sustrae.

Se sabe bien que Arístides se distinguió, como otros sofistas del siglo II, en la composición de cartas, tanto de las que servían específicamente a una finalidad práctica como de aquellas en que brillaba sobre su función útil la intencionalidad literaria. Como hemos dicho en otro lugar ⁴, «si hay que creer su propio testimonio, además de alguna fidedigna certidumbre indirecta, Arístides fue excelente componiendo cartas. De una de ellas ⁵ afirma que fue solicitada por muchos por su calidad. Con ayuda de cartas protagonizó una difícil contienda administrativa. Envió algunas suyas, muy largas y atrevidas, dice, que llegaron a su alto destino por vías indirectas, y consiguieron algo tan difícil como liberarlo de varios onerosos nombramientos que le amenazaban, además de mantenerle exenciones y privilegios de sofista en ejercicio, cuando todo el mundo conocía que raramente tenía alumnos, base *sine qua non* para lograr tales privilegios» ⁶. No hay que olvidar el prolijo conocimiento de Arístides en cuanto a normas retóricas ⁷ se refiere aunque no tengamos información precisa sobre el entrenamiento en composición de cartas dado en la escuela. Recogidas entre la obra literaria de Arístides están *orr.* XXXIII y XIX, que son cartas, aunque sólo esta última es designada usualmente así, con el título de *Carta a los emperadores* ⁸, en la que se incorporan a los elementos propios del género epistolar los rasgos y *tópoi* más importantes de los que integran el subgénero epidíctico que es la monodia.

Aun siendo escasos y no tan detallados como quisiéramos los textos doctrinales sobre el género epistolar ⁹, de ellos y de los epistolarios conservados se desprenden sus innumerables posibilidades temáticas. Por otra parte, y aunque eran objeto de censura ¹⁰, hubo muy pronto cartas que apenas conservaban otra cosa del género que el encabezamiento.

Tal vez una de las posibilidades más interesantes de la carta literaria ¹¹ sea la de servir de envoltura formal de otros géneros de ningún modo afines ¹² entre los que no

4. En comunicación leída en el VII Congreso Español de Estudios Clásicos, celebrado en Madrid, abril 1987, «Una epístola de Elio Arístides».

5. Cf. *Discursos Sagrados*, IV, 63, 67.

6. Cf. *Discursos Sagrados*, IV, 75, 76, 77, 78, 96, 98.

7. Cf. Filóstrato, *Vidas de los Sofistas*, II, 9, 585.

8. Compuesta tras los catastróficos efectos del terremoto de Esmirna, en 178 o 177.

9. Reunidos en R. HERCHER, *Epistolographi graeci*, París 1873, PSEUDO DEMETRIO, *Sobre el Estilo* § 223-235, de un desconocido DEMETRIO, *Týpoi epistolokoi*, del segundo Filóstrato, en el vol. II de la edición de C. L. KAYSER, Hildesheim 1964 (Leipzig 1871) pp. 257-258, el tratado (tal vez obra de Proclo) que figura en el vol. IX de las obras de Libanio, editadas por R. FOERSTER, Leipzig 1903-1927, la carta 51 del epistolario de GREGORIO NAZIANCENO editada más recientemente en Belles Lettres, *Saint Gregoire de Nacianze, Lettres I*, París 1964. De los estudios sobre la carta nos hemos servido de J. SYKUTRIS, Art. *Epistolographie* RE. Suppl. 5, 186-220. 1931, RAC, B. II s. u. Brief, Stuttgart 1954, 568 ss., G. A. KENNEDY, *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, H. KOSKENNIEMI, *Studien zur Idee und Phraseologie des griechischen Briefes bis auf 400 n. Chr.*, Helsinki 1965, KLAUS THRAEDE, *Grunzüge griechisch-römischer Briefepik*, Munich, 1970, A. S. MALHERBE, «Ancient Epistolary Theory», *Ohio Journal of Religious Studies* 5, 2 (1977) 3-77, P. CUGUSI, *Evoluzione e forme dell' epistolografia latina*, Roma 1983.

10. Cf. *De elocutione* § 228. Muchos aceptan, como D. M. SCHENKEVELD, *Studies in Demetrius «On the Style*, Amsterdam 1964, que el tratado fue escrito en el siglo I. d. C. Pero inspirándose en fuentes de dos siglos antes.

11. Clasificación admitida generalmente es la de carta privada y carta pública (con su variante de carta oficial) diferenciadas por estar pensadas para ser leídas por una persona o por muchas. La carta literaria, en que temática y estilo son relevantes junto a la función práctica de mensaje, está pensada, tácita o expresamente, para un público de oyentes o lectores. Por supuesto, muchas cartas privadas (las estrictamente privadas apenas nos han llegado, salvo en papiros), sólo lo eran en apariencia. La diferenciación carta/epístola preconizada por Deissmann, no tiene apoyos convincentes, cf. *Licht von Osten*, Tübinga 1923. Aunque, todavía, algunos estudiosos como G. LUCK, «Brief und Epistel in der Antike», *Altertum* 76 (1961) 77 se adhieren a su opinión.

12. Ilustración excelente sobre estos ensamblamientos protéicos en J. BOMPAIRE, *Lucien écrivain: Imitation et création*, París 1958, pp. 295 ss.

falta, precisamente, el discurso, la composición oratoria. Hasta el punto de que no es algo nuevo en época antigua tardía, sino muy anterior, como dice G. Kennedy: «Las epístolas elaboradas son a veces difíciles de distinguir de los discursos, porque frecuentemente no se sabe si un discurso era pronunciado, o enviado privadamente a aquél a quien se dirigía, o publicado en forma escrita»¹³.

El origen más elemental de tal aleación genérica puede estar, en parte, en el uso de la carta que anuncia el envío, junto con ella, de otro escrito independiente, así como en la carta que dedica una obra a una personalidad ilustre. Un paso fácil de suponer es que esta carta, todavía independiente, figure antecedentemente a la obra misma, en cabeza y a manera de proemio. Y en ciertas condiciones, en manos de algún autor pudo parecer una atractiva variación la inclusión dentro de la carta misma del otro escrito, sin que se deteriorase totalmente la identidad formal de la carta.

La condición esencial de la carta de servir de vehículo de comunicación entre ausentes, hace que se la use para expresar sentimientos de amistad, amor, alegría, congratulación, etc., etc., y sus abundosos contrarios; o para hacer patentes elogios o censuras, dar a conocer noticias recientes, defender o atacar una condunta, explicar comportamientos, discutir un tema de interés común para emisor y destinatario, sostener o negar la verdad de unos hechos que afectan a un individuo o a la ciudad, etc., etc., contenidos que, entre muchos otros que cualquiera podría aducir, suelen o pueden ser materia habitual de géneros o subgéneros literarios diferentes de la carta, de entidad mayor, y con existencia propia. Esta circunstancia propicia la utilización en la carta literaria en mayor o menor proporción, de rasgos propios de estos otros tipos de composición. O la inclusión palmaria de uno de estos, habitualmente construido con economía selectiva, en el tejido de la carta, que sigue manteniendo, aunque afectada, la primacía de género hoesped. Caso extremo es cuando lo propiamente epistolar se reduce a expresar la salutación (mejor diríamos dedicación) inicial a un personaje, con alguna limitada, esporádica, reaparición del signatario de la carta en la composición a la que esta sirve apenas de marco. No es fácil¹⁴ lograr un género literario distinto, lo habitual es el predominio de uno de los componentes, en detrimento del otro. Por eso no es raro designar el título de una composición de este tipo con doble especificación, una de las cuales es su designación como carta. Esta convivencia de la carta con entidades genéricas distintas (tratados, oraciones judiciales, composiciones, disertaciones, o pseudodisertaciones, panfletos, etc., etc.) se convierte definitivamente en un artificio literario sin eliminar la posibilidad de que el escritor la destine a servir a la funcionalidad práctica real, propia de la carta.

En el caso concreto de *or.* XXXII no son sólo cuestiones de estética literaria las que han influido en la decisión de Arístides de incluir el epitafio en honor de su maestro dentro del texto de una epístola. Ciertamente, podría haberlo enviado, como composición independiente, acompañado de una carta. Pero el tiempo transcurrido desde el luctuoso suceso podía hacer la llegada a Cotieo del escrito de Arístides si no inoportuna sí menos afotunada en cuanto a la ocasión de su lectura. Enviarlo a la familia¹⁵, a los parientes, como sería usual, además de resucitar dolorosos sentimientos¹⁶ podría atraer

13. *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Amsterdam 1964, p. 31.

14. Luciano es el maestro reconocido en estos modos de creación retórica, como J. BOMPAIRE, *o. c.*, ha mostrado magistralmente.

15. De algún modo Arístides compensa esta preferencia suya en detrimento de los familiares directos de su maestro (que, después de este, reclamarían atención principal en el discurso) con la súplica, en su favor, a las autoridades, recogida en párrafos 37 y 38.

16. Circunstancia prevista por los tratados, cf. la sección dedicada al epitafio en Menandro 419. Se tolera un intervalo de siete u ocho meses, de un año, entre la fecha de la muerte y la pronunciación de un discurso funeral, con la única norma a seguir de que en el funeral se dé máxima amplitud al elogio, eliminando o reduciendo al mínimo lamentación y consolación, si bien todo punto del elogio suscita el sentimiento por la pérdida sufrida. Arístides respeta, evidentemente, la norma.

un público de parientes y amigos, tal vez a algún admirador de Arístides y a aficionados a la oratoria. Mandarlo al Consejo y al Pueblo de Cotieo era excelente idea, en cuanto a garantizar concentración más numerosa de oyentes. Pero no era lugar adecuado, seguramente, la sede de estas reuniones cívicas, para epitafios, aun dedicados a un célebre ciudadano. En cambio, siempre es oportuno leer una carta pública y abierta dirigida a las autoridades municipales y a la asamblea aunque entretejido con la carta vaya un epitafio. Además de que en su homenaje epistolar a Alejandro, Arístides se glorifica a sí mismo y aprovecha una excelente ocasión para dar una exhibición de su arte, como se evidencia en repetidos pasajes de la carta ¹⁷.

La participación interna ¹⁸ del autor de un epitafio, esto es, su aparición en el texto del discurso, es inevitable. Pero el grado de participación puede variar. La de Arístides se multiplica en *or.* XXXII porque su persona es, además, la del signatario de la carta. Así, leeremos los propósitos de su carta, las causas que lo han movido a escribirla, hábilmente dosificados y distribuidos en la estructura formal del escrito, expresados de modo directo o sagazmente sugeridos cuando son más claramente laudatorios para su persona. La asociación carta/epitafio atenua a la vez que permite este afán desmesurado de protagonismo ¹⁹.

Los propósitos de su carta ²⁰, expresados en los tres primeros párrafos, son: manifestar a las autoridades de Cotieo su condolencia por el ilustre ciudadano fallecido, rendirle su homenaje personal y hacer patentes sus sentimientos de amistad a los habitantes de la ciudad: «Era natural que llegara a vosotros gente de toda Grecia para lamentarse con vosotros por tan triste suceso, y rendir homenaje a un hombre que fue figura señera entre los griegos. Yo, por eso, cuando os escribo y me cuento entre los que tienen lo sucedido por cosa propia, considero que no estoy excediéndome. Porque, en mi opinión, este hombre no estaba falto de cuantos títulos se tienen entre los hombres por bellos y honrosos, y encierran en sí satisfacción para los jóvenes y motivos de respeto para los viejos. Por haber sido nutrido y educado bajo su guía, y haber tomado diligentemente parte con él en todo cuanto la fortuna me deparó después, yo podía llamarle ayo, maestro, padre, amigo, todo, pero lo más grande que compartíamos era que podíamos sentirnos mutua mente orgullosos, yo me ufanaba de que él fuera mi maestro, y él consideraba parte de su gloria lo que a nosotros concernía. Mientras fue posible escribirle, lo hice y manteníamos por carta doctos coloquios sobre oratoria. Pero puesto que ya no es posible comunicarme con él y ni siquiera llegó a recibir las letras que últimamente le había enviado, sólo me quedaba escribiros a vosotros, sustituyendo el hogar de aquél por el hogar de la ciudad. Pues de esta suerte, me parecía enaltecer a Alejandro con el doble honor de recordarlo como convenía al tiempo que por su mediación me conciliaba vuestra amistad, y hacía algo doblemente grato a vuestros ojos, al mostrar públicamente confianza en vosotros y recordar a un hombre por quien mostráis tan gran estima; y pienso que no sólo vosotros sino cuantos, de cualquier modo que sea, pertenecen al mundo griego». Lo que no dice es que así se hará patente su intimidad con quien tuvo amistad y conexiones con la casa imperial (todavía Arístides no es un hombre tan importante como lo fue luego) y comparte la gloria del maestro desaparecido.

17. No subrayaremos otra vez esta circunstancia. La vanidad endiosada de Arístides es, desde siempre, lugar común obligado al referirse a este escritor. Pero *or.* XXXII no es pequeña prueba.

18. La expresión es de Soffel, *o. c.*, p. 52.

19. Que a veces proporciona datos autobiográficos del escritor.

20. De los 41 párrafos en que se articula el escrito corresponden 5-30 a elogio (obsérvese su extensión, proporcionalmente hipertrofiada), 31-32 a lamentación, 33-34 a consolación, 37-38 petición de apoyo y consideración social para la viuda e hijos de Alejandro. De los demás, algunos son netamente porción de la epístola, en otros Arístides hace uso de libertad artística y distanciamiento del esquema para el epitafio de los tratadistas, cf. Soffel, *o. c.*, p. 52. Tal vez sería más exacto decir que en estos Arístides da otra muestra de su arte combinando rasgos de la carta y del epitafio.

Arístides estima adecuado justificar el envío de su escrito en el hecho de que no sólo participa del común sentir de los griegos, sino que mantuvo muy especiales relaciones con el desaparecido. Pero no es difícil percibir que, de algún modo, se excusa por hacerlo. ¿Porque no era usual enviar a autoridades o instituciones este tipo de mensajes que llevan consigo obligada lectura dentro de espacios cívicos? ¿Porque nadie le ha encargado componer un epitafio, o el tiempo transcurrido es realmente excesivo? Lo cierto es que en § 1 escribe «...considero que no estoy excendiéndome». y en § 39 «...no considero estar cometiendo una injerencia al expresarme ahora así ante vosotros». En § 22 dice que le ha movido a escribir a las autoridades el conocimiento de los honores públicos decretados en honor de Alejandro: «Oír estas noticias me consoló un poco, en la medida posible en tan triste circunstancia, y por eso principalmente me sentí empujado a escribiros la carta, admirado de vuestras resoluciones». En la misma idea abunda § 1. «Pero puesto que ya no es posible comunicarme con él... sólo me quedaba escribiros a vosotros». Insiste demasiado para tomarlo todo por mera cortesía retórica.

En esta misma línea que, en esencia, es su preocupación por hacerse perdonar la más que probable inoportunidad circunstancial de su escrito, comienza § 35: «Que ninguno de vosotros se incomode de que haya expresado en mi carta todo esto, pues también fue causa de esta epístola el deseo de oír hablar y de hablar sobre aquél». Para continuar, con habilidad que atenua lo que acaba de decir, centrándose en una justificación, aquí plenamente retórica, por lamentar la muerte de un anciano que ha disfrutado de una vida larga y feliz: «No sea motivo de crítica sentirse apenado por este hombre aunque se haya ido cuando ya era un viejo. Pues no es razonable sentir inclinación por lo más reciente, sino por lo más importante. Además, también la pena es tanto más grande cuanto mayor y más raro don de la fortuna sea ver a un hombre en ese momento de la edad ocupándose así de todo y conservando todo sus condiciones de salud, de memoria, de inteligencia, de alegría, de todo. Pues era mucho más lógico, mientras estaba todavía vivo, inquietarse de que algún día se marchara y mirarlo, mientras era posible, como algo de gran valor, que calcular su edad una vez que ha muerto. Pero no hay miedo de que ninguno de vosotros censure esto, vosotros que, según oigo decir, hacéis y decís todo lo indicado».

Es manifiesta y reiteradamente perceptible la intencionalidad del autor de reafirmar la condición esencial de *carta* de su escrito, condición que le facilita el acceso inmediato a una tribuna pública para su epitafio. Su proyecto literario no consentía dejarse arrastrar a una combinación novedosa que perjudicara la nitidez genérica del discurso funeral, y, por tanto, la de la carta. Los elementos liminares de comienzo y fin, saludo y despedida, forman el marco epistolar inmediatamente reconocible. Pero en el cuerpo del escrito no permite Arístides olvidar al oyente o lector su calidad de carta: § 1 *pémpōn*, § 2 *humâs aposteîlai*, § 22 *gráphōn pròs humâs, autês tês epistolês*, § 39 ²¹ *en arkhêi tês epistolês*. Pero percibe, como artista de la palabra y conecedor de la normativa genérica, que no puede considerarse carta sin alguna reserva el escrito que envía: § 39. «Me era forzoso hacer esta recomendación ²², pues como dije al comienzo de la carta, o lo que queráis llamar a este escrito... *è hó ti boulesthe kaleîn tò biblîon...*». Es un reconocimiento expreso de las dificultades que encierra asociar carta y discurso epídíctico, sin que ninguno vea seriamente deteriorada su identidad propia, más que una confesión de torpeza y ruptura de género.

21. Recuérdese que son 41 los párrafos para percibir cómo Arístides distribuye eficazmente su advertencia.

22. A las autoridades municipales, en favor de los familiares de Alejandro, en §§ 37 y 38.

Una vez que ha insertado encomio, lamentación y consolación, completados con la exhortación a la autoridades de Cotieo, termina la carta volviendo en la porción epilógica a los tópicos de la parte introductoria, sin olvidar las justificaciones que lo autorizaban, a su entender, a incluir el epitafio ²³, su relación de profunda amistad con Alejandro, su gratitud por la ayuda recibida de aquél en circunstancias muy penosas para Arístides, su pena porque no pudo satisfacer una reiterada petición de su maestro, etc., etc.: §§ 39 y 40: «Me era forzoso hacer esta recomendación, pues como dije al comienzo de la carta (o lo que queráis llamar a este escrito, *ἔὸς τὴν βούλεσθε καλεῖν τὸ βιβλίον*, sus cosas me importaban por muchas razones. De la amistad que yo le testimoniaba recogí frutos excelentes: fueron estos que el amigo sentía amistad por quien no era menos amigo. Me la demostró, aparte de otras ocasiones, con lo que hizo cuando estuve enfermo en Roma. No hubo cosa alguna de las que condujeron a mi salvación y me pusieron a salvo en mi hogar de la que él no fuera el principal causante, después de los dioses. § 40. De nuestros últimos contactos, ¿qué podría decirse? Me apesadumbró una petición suya, pues miles de veces, él mismo en persona, y por carta, me había pedido que os dedicara algunos de mis discursos junto con otros escritos, prometiéndome que ocuparían ahí lugar preeminente. Pero yo, porque quería repasarlos todavía, no pude atender su petición. De modo que Alejandro no hizo lista de nuestros escritos, ni conoció la mayor parte de ellos. Pero el juicio que emití siempre sobre nuestros discursos era superior a toda hipérbole. Todo lo cual hace que yo recuerde su persona y que considere este suceso como no pequeña desdicha; y hace que yo no considere estar cometiendo una injerencia al expresarme ahora así ante vosotros».

El párrafo 41, que finaliza el escrito, sustituye ventajosamente, en su expresiva brevedad, a cualquiera de las estereotipias formularias de la epístola que conocemos § 41: «Desearía tener mejor salud, entre otras razones, para que pudiérais disponer de mí. Pues yo, a quienes estaban ligados a su persona, los considero igualmente ligados a mí». Curiosamente, bastaría una traducción menos literal para reconocer dos frases usuales de cortesía que todos hemos dicho alguna vez y confirmar la sutileza social de nuestro escritor de cartas.

23. En ningún momento hace constar Arístides, dato sin lugar a dudas interesante para la ocasión, su supuesta estancia, que hubiera sido larga, en Cotieo, para oír las lecciones de Alejandro. Lo estimo una prueba de que fue en Esmirna donde Arístides asistió a la escuela de Alejandro.